



Sumo en Fukuoka: ¿El paraíso perdido?

por Chris Gould



Antes de ir a Fukuoka, yo estaba totalmente convencido de que el Kyushu Basho debía eliminarse, sin vergüenza o reserva. La vista por televisión de asientos vacíos no sólo mellaba la dignidad del Sumo sino que no ayudaba a engrosar las arcas de la Kyokai durante una dolorosa recesión económica. El gran proyecto expansivo del antiguo Dewanoumi Rijicho para extender el honbasho por el país parecía muerto en aguas de Kyushu. Fukuoka puede haber sido una ciudad de sumo en la década de los 50 y, desde luego, en los 80 cuando el principal yokozuna tomó una esposa local, pero el mercado parece haber disminuido considerablemente desde entonces. El tiempo parece haber llegado al momento de o bien quitar el torneo del calendario o trasladarlo a Tokio. Esto sería seguramente demasiado para los orgullosos ejecutivos de sumo.

Sin embargo, durante mis tres días



de diversión en Fukuoka, se hizo evidente que un torneo de sumo en la isla principal del Japón meridional es una experiencia muy especial, más auténtica que cualquier cosa que el Kokugikan pueda soñar en ofrecer. Muchos asientos pueden estar vacíos, pero el resto están llenos con almas con

más conocimiento y comprensión de sumo que una semana de lleno total en pleno Tokio. Hay una curiosa intimidad entre el público asistente de mediada la semana en Fukuoka, reforzada por la decisión de los que se encuentran en la parte de atrás de la sala de cubrir las sillas vacantes más adelante y alrededor del dohyo. En esta acogedora situación podía oírse cada palabra de ánimo, con una calidad de sonido amplificadas por el enorme eco generado por el vacío posterior de la sala. En medio de gritos de "Nana-en Tani, ganbare!", Buena suerte, "Nana Tani" dirigidos a Takamisakari (una referencia a un anuncio suyo muy popular de TV) los de Fukuoka pudieron relajarse y disfrutar de un deporte que puede ser culto perfectamente del hombre chauvinista.

En comparación con el a veces falto de alma Kokugikan, el Centro Kokusai de Fukuoka representa mucho mejor lo que el sumo debe de ser aproximadamente, a pesar





de su forma moderna. Suscribe la filosofía de que el sumo debería realizarse en una simple sala cuadrada, con la multitud apilada en asientos no fijos y sin apenas escaleras de seguridad. El boulevard de palmeras y el área de la bahía de fuera se olvidan fácilmente una vez que uno pisa la alfombra roja de los pasillos del Kokusai Center, rodeados por endeble postes de acero que de alguna manera sostienen grandes cantidades de Masu-Seki. Lo más sorprendente de todo es que el acceso a muchos asientos ¡se realiza usando el mismo pasillo que los mismos luchadores! Los vestuarios, que simplemente están en las zonas ultraperiféricas de la sala, no son están protegidos de los aficionados y, por tanto, son asediados por los fotógrafos a diario, para disgusto del personal de seguridad de la Kyokai. A diferencia de Tokio, no hay ninguna entrada especial para los sumotori, en el sentido de que incluso los yokozuna y los ozeki se ven obligados a vadear a través de la multitud de gente y de los puestos de recuerdos instalados en el vestíbulo principal, junto a las

cámaras de los aficionados. 'Privacidad' no parece ser una palabra que el sumo en Fukuoka reconozca. Algunas vistas memorables de los camerinos en

este torneo incluyen a un sekiwake entrando en los vestuarios con el cabello despeinado y sin bintsuke, ¡presumiblemente después de haber dormido! Otro sekitori, mientras tanto, fue visto buscando frenéticamente un taxi con su tsukebito, después de que una fuerte lluvia le pillase sin paraguas tras el musubi no Ichiban!

En el sumo en Tokio, todos los aplausos están reservados para las estrellas: los ozeki y yokozuna que copan las noticias, tanto buenas como malas. En Fukuoka, Tokio se ve claramente como una tierra extranjera cuyas prioridades deberían tener escasa influencia en la vida de Kyushu. Así, en el Centro Kokusai los aplausos se prodigan, de forma tradicional, hacia los héroes locales: sekitori que nacieron y se criaron en Kyushu, especialmente en Fukuoka. Nunca antes había visto al juryo Kotokasuga recibir una ovación de ese tipo, y ese impacto le inspiró claramente para tener un mejor rendimiento de lo habitual. A Kotoshogiku también



se le aplaude con fervor, y se recuperó de un inicio pobre para conseguir un convincente kachikoshi. Los de Fukuoka no guardan el pequeño secreto de que su ídolo principal, tanto física como de estatus, es Kaio, y el Centro se llena de imágenes gigantes de él. Después de ser inesperadamente kyujo el día 4, los locales prestaron generosamente su afecto al ozeki nacido en la vecina Prefectura de Oita, Chiyotakai. Su impresionante tsuppari con el que derrotó a Tochinoshin el día ocho provocó muchas imitaciones del tsuppari por parte de una multitud encantada. Al no haber tenido nunca la experiencia de sus payasadas adolescentes, uno puede entender por qué los de Fukuoka aprecian más su éxito que los nativos de Oita, muchos de los cuales todavía se refieren a él por su apellido de Hiroshima.

De lejos, el rikishi con más apoyo fue el tranquila y sin pretensiones maegashira Yoshikaze, cuyos kanji a rotulador podían verse en diversas cartulinas alrededor de la arena. Con su cinturón color carmesí, consiguió un resultado de 11-4 como su mejor resultado en makuuchi, lo que una vez más sugiere la determinación de los rikishi de no perder la cara frente a los familiares y amigos de su ciudad natal. El combate más emocionante y animado fue el de Yoshikaze de Fukuoka frente a Homasho de la prefectura de Yamaguchi. El combate parecía tener la importancia de que los míticos combates entre los representantes de Yamate y Izumo, de los que el destino de Japón supuestamente dependía. Después de sólo cinco segundos, la técnica y la estética se apartaron en favor de la lucha pura sin

adulterar, como la que rara vez se ve en cualquier ring de sumo. Volaron golpes desde todas partes tanto de Homasho como de Yoshikaze, lanzados a por la victoria a toda costa. La multitud, aumentada por un gran contingente de Yamaguchi, disfrutó cada segundo, generando unos casi surrealista niveles de respaldo para dos relativamente poco conocidos maegashira. Después de un minuto de caos, Yoshikaze finalmente se colocó tras Homasho, le empujó hacia la cuerda consiguió una victoria en casa que se celebró con tanto fervor como la victoria en el derby de fútbol de Manchester. Fue un vistazo a lo que el sumo debía haber sido antes de que los no japoneses llegasen a dominarlo. Estas simples expresiones del orgullo local son poco frecuentes en esta época sin precedentes en la



que los extranjeros superan a los japoneses en los dos rangos más altos banzuke.

Fukuoka también ayuda a profundizar nuestra comprensión de sumo al ver la cruda diferencias y las desigualdades de riqueza entre los diferentes niveles clasificatorios. Mientras los rikishi de las divisiones inferiores disfrutan de cuencos baratos de tonkatsu ramen en locales gestionados por viejos nativos con gratos recuerdos de los días de gloria del sumo, los rikishi asalariados en general frecuentan los restaurantes de lujo de Nakasu, largamente renombrada como la zona de los caballeros Kyushu (donde las corbatas y los vestidos elegantes parecen una norma). Los viejos cocineros que regentan los izakaya y ramenya locales apenas pueden ocultar su desprecio por esos luchadores, junto a los jóvenes rikishi japoneses que

rehuyen su actividad en favor de los puntos de venta de comida rápida. "La razón por la que no tenemos un yokozuna japonés", dijo una señora mayor propietaria de un ramenya, '¡es que no comen el suficiente ramen! "

Fukuoka es una ciudad que, a pesar de su apariencia comercial, está inmensamente orgullosa de su localidad y patrimonio. El Sumo se ha visto como una parte integrante de ese patrimonio desde la adición de Kyushu al calendario de torneos de la Kyokai calendario en 1958. Cincuenta años después, fuentes muy bien informadas parecen convencidas de que el progreso del Sumo en Fukuoka está lastrado por la poca asistencia. Es cierto que faltan carteles de promoción, especialmente en los medios de transporte, en contraste con el metro de Tokio, que ya tiene los carteles del torneo de enero a principios de diciembre. Las

grandes audiencias de fin de semana y los curiosos gaijin a diario hacen sugerir que la apatía no es un problema en esta urbe aglomerada. A juzgar por las extremas emociones provocadas por el combate Homasho-Yoshikaze, tal vez la Kyokai debería simplemente apelar al orgullo local. En una época en la que ningún japonés ha ganado el yusho de makuuchi en los últimos tres años, el torneo de Kyushu podría publicitarse como una perfecta oportunidad para que la Copa del Emperador volviera de nuevo a sus manos en Fukuoka, o al menos en Kyushu. Tomando lo dicho por el nuevo Presidente de los Estados Unidos, quizás el anuncio de campaña podría ser el siguiente: "¿Crees que uno de Fukuoka no puede ganar el yusho? Con tu apoyo todos los días, ¡SI PUEDE!"